

asesinado  
Victor Jara

LA CANCIÓN DE VICTOR.-

Lo mataron tres veces.

Le quemaron la lengua para que no cantara. Y eso era morir, porque cantar era una forma de comunicarse con los hombres, para protestar por la injusticia, para transmitir la esperanza.

Le cortaron las manos para que no tañera una guitarra. Y eso era morir, porque el sonido alegre y melancólico de su guitarra, hablaba de las lluvias de Chile, de las altas cumbres nevadas, del largo territorio de pétalos, de pájaros, de cúpulas verdes y cimas azules de su tierra natal.

Le dispararon en el corazón y eso fue morir, porque allí anidaban las claras fuentes de su alegría contagiosa y exuberante.

Así le tiraron a la calle.

Pero su muerte fue mucho más horrible. Le golpearon hasta destrozarle el rostro, pero aún así irradiaba claridad.

Le desgarraron el cuerpo con fríos cuchillos y su sangre esparciéndose quemó las manos de sus verdugos.

Le cortaron los pies, inútilmente, porque su canción camina por todo el planeta.

Así asesinaron a Victor Jara. Muerto tres veces. Desgarrado en una tortura abismante, por la crueldad de los verdugos fascistas; pero, con todo, no pudieron acallar lo que más temían: su voz, su guitarra y su esperanza.

§§§§§§§§§§

§§§§§§

Se quedó mirándolo. Era él. Lo sabía tan sólo por el dolor lancinante que le subía por el cuerpo como un río de lava. Lo sabía por su cerebro que amenazaba con estallar; por esa necesidad imperiosa de prorrumpir ya no en un llanto, que no era suficiente, sino en un grito, en un aullido largo que la desgarrara hasta hacerla desaparecer.

- Bueno, señora?. Lo reconoce?- escuchó.

Se volvió lentamente. Un dolor de siglos opacaba sus ojos. Lo reconocía?. Sí. Como quien reconoce una quemadura que le devora las entrañas. Pero, cómo decirlo?.

El cuerpo destrozado, con horribles quemaduras en la boca, sin manos, sin pies, acribillado y abierto por dos tajos profundos en los costados, era él?.

- Por qué?. Por qué?- musitó.

También conocía la respuesta y no quería llorar. No delante de ellos. No delante de esos uniformes asesinos que la miraban en silencio, con indiferencia.

La calle se había vaciado. Así le pareció al menos. El cadáver de Victor, tirado en los maderos de la línea férrea, emergía como el único objeto destacable entre las sombras y la luz intensa, que parecía llenar el mundo.

Recordó cuando llegaron los vehículos policiales frente a su casa. La roja pupila giratoria parecía anunciarle algo.

- La señora de Jara?- inquirió el oficial.

- Sí- repuso, préstamente- Qué ocurre?.

- Senora, hemos encontrado un cuerpo que, presumimos, es el de su marido. Fue hallado en la línea férrea de circunsvalación en la Gran Avenida. Queremos que venga con nosotros para su reconocimiento.

Una voz impaciente la interrumpió:

- Y, señora. Es él o nó?.

Movió afirmativamente la cabeza.

- Es él!- murmuró luego.

Y añadió en forma queda, casi como una súplica:

- Victor!.

§§§§§§§§§§

Estaba cantando:

" Voy a hacerme  
un cigarrito,  
con mi bolsa tabaquera..."

Sólo él podía hacerlo. La mayoría de los que llenaban ese edificio de la Universidad Técnica de Estado, salían de su embotamiento, cuando llegaba con su guitarra e iniciaba con ellos alguna canción. Les infundía valor. Aunque no olvidaban el día de encierro, rodeados por militares y carabineros. Los rumores se transmitían con celeridad. Y sabían que el Presidente había sido asesinado. Sabían el bombardeo de la Moneda y que aquello, marcaba la entronización en el poder de una Junta Militar, del más violento carácter fascista. Ninguno se hacía ilusiones.

Por eso las canciones de Victor, tenían la virtud de hacerles sentirse protegidos:

" Ay que ser  
tan infeliz  
el que mandó  
a disparar"...

Contra ellos habían disparado casi toda la noche. Simularon muchas veces, enfrentamientos, a objeto de aparentar resistencia. Ellos guardaban calma. Nadie podía salir, por la implantación del toque de queda. Ninguno de ellos estaba armado. Durante años trabajaron para la vida y no para la muerte. Era un grupo numeroso de docentes, estudiantes y auxiliares de la Universidad, que esperaba latiendo como un gigantesco corazón, cuyo centro, parecía ser la dinámica alegría de la canción de Victor.

§§§§§§§

Reiniciaron el ametrallamiento en la madrugada. Se desató un verdadero infierno. Las balas penetraban en el edificio produciendo un pavoroso estruendo; quebrando vidrios; astillando maderas; descascarando murallas y llenando de terror el corazón de los universitarios, que permanecían en silencio, en el interior, tirados sobre el piso; sintiendo como las palpitaciones de sus pechos se comunicaban con la tierra, la que devolvía pulsaciones, a través del cemento, de la madera, de millones de años, desde otras angustias como éstas y pérdidas en la noche de los siglos.

- que nadie vaya a levantarse- gritó Victor-, están disparando a la altura de una persona en pie. Así nada pasará. Continúen

tendidos.

Eso hacían. Con horror. Redogiendo en sus cerebros próximos a estallar, todas las tremolaciones del acero caliente despedazándose en las murallas.

La imperiosa necesidad de levantarse y correr había sido reemplazada por el deso de confundirse con la tierra; por adquirir, de pronto, mimetismo de color, de forma.

Vieron con espanto como una de las mujeres, en la que, de improviso, habían cedido todas sus reservas y defensas, con el rostro cubierto de una extraña palidez, se incorporaba con lentitud, como si cargara el mundo e iniciaba una tímida rendición, sin sentido, levantando un pequeño pañuelo blanco en el aire.

- Tirate al suelo, loca-. gritó alguien.

Ella insistió.

- Me rindo, me rindo...-alcanzó a decir.

Una bala penetró a la altura de su barbilla, produciendo un extraño sonido astillado y diseminando su sangre en todas direcciones. Cayó como abatida por un rayo. Desmadejada, muerta sin un solo grito.

Un sollozo ronco brotó de algunas gargantas. Un halo de locura recorrió sus entrañas. Un odio visceral se extendió por sus células, pero el primario instinto de conservación les mantuvo apegados al suelo, a la vida, por ese instante, mezclando lágrimas y exclamaciones con los rayos de sol que les hurgaban, curiosos, las ropas y el pelo.

Afuera, todos los intentos realizados por el Rector, habían fallado. Las ráfagas de ametralladoras barrían cualquier decisión de tomarse. Dos o tres intentos hasta que, al fin, salieron al patio. Se detuvo el fuego en ese sector.

Un grupo de soldados y oficiales se acercaron a la exigua comitiva.

- No estamos resistiendo- alcanzó a decir-, ustedes pueden entrar. Yo soy el Rector de la Universidad.

- Así que tú eres el Rector Rojo, mierda- contestaron.

Y de inmediato, le derribaron de un golpe, iniciando un castigo que quemaba los ojos de los que presenciaban.

Pareció ser, además, la señal. Decenas de soldados se lanzaron hacia el interior, pegando culatazos, dando patadas, gritando como poseídos, como si una locura primitiva los hubiera infestado.

Vidrios, puertas, escritorios, sillas, máquinas, estantes,

papeles, todo era destrozado con saña, con odio increíble.

- Miren como les dejamos su Universidad de mierda!

Varios paneles que en la entrada del edificio presentaban una exposición contra el fascismo, fue despedazada.

- Pararse, mierdas. Las manos a la nuca!

- Al suelo, todos!

- Las mujeres a este lado!

- Los hombres por acá! Los vamos a fusilar!

Y todos sentían como se desataban los sonidos mortales de las armas de fuego.

- Esta es la Universidad del pueblo?

- Desgraciados, miren como queda!

- Uds, los del final, orinen sobre su Universidad. Rápido infelices!.

Habia lágrimas de impotencia en los ojos y dolor oscuro, serrado, escapando por los poros. como una leve neblina.

Se sucedían las órdenes, los golpes, las humillaciones.

Varias muchachas fueron arrastradas hacia el interior y violadas; sus gritos angustiados y sin respuestas parecían poner de buen humor a los soldados y excitar sus sentidos, dominados, ahora, por una crueldad comparables tan sólo, a las bestias salvajes.

Victor apretaba las mandíbulas y oprimía su frente sobre el suelo, en silencio.

De pronto, un oficial que miraba, detenidamente, a los prisioneros, lanzó una exclamación de alegría al verlo:

- Ah, aquí está el cantorcito. Párate, maricón. Te acuerdas de los del Saint George? Al fin caíste. A ver si vas a cantar ahora!.

Los tacones de sus botas pisoteaban, por turno, las manos de Victor. Hilillos de sangre, se escurrían bajo sus suelas y se mezclaban a la tierra suelta, mientras los quejidos ahogados, los gritos de terror, los balazos, las órdenes metálicas, rompían la mañana en todas direcciones.

§§§§§§§§§§

Estaban en el Estadio Chile. Después de muchas horas. Allí, se seguían escribiendo páginas negras. Este escenario de actividades tan diversas, contenía, ahora, a la barbarie de los torturadores; la desorbitada impotencia de los prisioneros; las actitudes

de heroica e inútil resistencia y el silencio de muchos. Nada podía cambiar, en ese instante, sus destinos. Irremediablemente, estaban atrapados en una red espesa de bestialidad, de horror, de muerte, en forma indescriptible.

Victor, aún sonreía. Cantaba bromeando. Cuando fue llamado, salió con gallardía, moviendo su cabeza. Diciendo algo. Demostrando coraje y esperanza.

Todos, le vieron por última vez.

§§§§§§§

Le mataron tres veces.

Le quemaron la lengua para que no cantara. Y eso era morir, porque cantar era una forma de comunicarse con los hombres, para protestar por la injusticia, para transmitir la esperanza.

Le cortaron las manos para que no tañera una guitarra. Y eso era morir, porque el sonido alegre y melancólico de su guitarra hablaba de las lluvias de Chile, de las altas cumbres nevadas, del largo territorio de pétalos, de pájaros, de cúpulas ~~azules~~ verdes y cimas azules de su tierra natal.

Le dispararon en el corazón y eso fue morir, porque allí enidaban las claras fuentes de su alegría contagiosa y exhuberante.

Así le tiraron a la calle.

Pero su muerte fue mucho más horrible. Le golpearon hasta destrozarle el rostro, pero aún así irradiaba claridad.

Le desgarraron el cuerpo con fríos cuchillos y su sangre esparciéndose, quemó las manos de sus verdugos.

Le cortaron los pies, inútilmente, porque su canción camina por todo el planeta.

Así asesinaron a Victor Jara. Muerto tres veces. Desgarrado en una tortura abismante, por la crueldad de los verdugos fascistas; pero, con todo, no pudieron acallar lo que más temían: su voz, su guitarra y su esperanza.-